

Juan Ramón Jiménez ha muerto

Alfonso M^o Landarech, S. J.

Acaba de morir Juan Ramón Jiménez (29 de mayo, 1958), a consecuencia de una pulmonía, en la misma sala del Hospital Mimiya de Puerto Rico, donde el 28 de octubre falleciera también su bienamada esposa doña Zenobia Camprubí. Nosotros los salvadoreños tenemos un recuerdo simpático reciente del gran poeta andaluz. Es la dedicatoria que envió para la edición que acaba de salir de su "Platero y yo" en la Editorial del Departamento del Ministerio de Cultura. Dice así: "A los niños de El Salvador con un abrazo total".

Todos hubiéramos querido anañarnos aquí para haber recibido este abrazo de Juan Ramón, uno de los últimos de su vida.

En todas las naciones de Hispanoamérica hace ya mucho tiempo que se venera a Juan Ramón Jiménez como al poeta más alto de nuestra lengua. Por espacio de medio siglo sus revistas y periódicos han ido publicando incesantemente sus versos, artículos, cartas y aforismos. Su prestigio ya grande desde 1910, creció en 1930 y siguió aumentando hasta el 1950. Con la concesión del Premio Nobel de Literatura de 1956, el júbilo de españoles e hispanoamericanos ha llegado a su colmo.

No hace mucho, otra poetisa de nuestra lengua, Gabriela Mistral, era también discernida con el mismo supremo galardón a que puede aspirar un literato.

En Moguer, como quien dice Palos de Moguer, o la Rábida, por donde pasó Colón y los Pinzones camino de nuestra América, allí nació Juan Ramón Jiménez, una Nochebuena de 1881. En el Colegio de Padres Jesuitas del Puerto de Santamaría, en Cádiz, recibió, junto con la enseñanza primaria y media, una esmerada educación religiosa que esperamos haya frutecido ante la eternidad. Su esposa Zenobia Camprubí, de familia portorriqueña, la insigne traductora de Tagore, su ayuda inseparable y aliento en sus lides literarias, era profundamente religiosa. Una sobrina del poeta, Victoria Hernández-Pinzón y Jiménez, es actualmente esclava concepcionista del Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto, de Madrid. Es de creer que no le han abandonado en sus fervorosas oraciones en los postreros momentos de su vida.

A raíz de una de sus últimas publicaciones, "Animal de fondo", se habló, insistentemente, de la vuelta a Dios de Juan Ramón Jiménez. José

María Pemán publicó por entonces un sugestivo artículo en que el ilustre escritor hacía referencia a este retorno. Su sobrina religiosa, Victoria, ha hecho notar que Dios está en toda su obra, aunque de una manera velada. En este libro a que aludimos se hace continuamente alusión a Dios. Se ha dicho también que en su poesía aparece un proceso teológico de búsqueda y hallazgo de Dios, a través de los seres del universo, y en que algunos han querido encontrar algunas reminiscencias de San Juan de la Cruz, uno de sus poetas predilectos, juntamente con Góngora y Bécquer.

¿Lo halló verdaderamente, o sólo fue un Dios suyo, estado de conciencia, supremo hallazgo poético?

Al cumplir los 22 años, Juan Ramón Jiménez había ya publicado cuatro tomos de poesías: "Ninfeas", "Almas de Violeta", "Rimas" y "Arias tristes". Es la época en que tiene predilecciones por Rubén y por algunos poetas franceses.

Juntamente con los hermanos Machado, Villaespesa, Valle Inclán, Martínez Sierra y otros, Jiménez rodea con entusiasmo a Rubén Darío, cuando éste llega por segunda vez a España, el año 1899. Para él, en aquel entonces, es el maestro indiscutible, "porque creo que es usted el primer poeta de los que escriben en castellano, y con una gran superioridad sobre todos", como le dice en una carta privada al mismo Rubén. El tiempo se ha encargado de hacer verdadera esta afirmación.

En la extensa obra de Juan Ramón, más de 40 libros, hay que distinguir dos épocas bien definidas: de 1898 a 1916, la primera, y de 1916 a 1949, la segunda.

En esa primera, en que el poeta aparece sobrio, señoril, exquisito, pueden señalarse influencias de Bécquer, Góngora, Verlaine, Heine, Shelley, Rimbaud y, más que todo, de Rubén Darío; pero Juan Ramón, que ha nacido poeta y que no necesita de andadores para serlo de veras, rápidamente se va desprendiendo de tales adherencias hasta quedar libre del todo.

Cuando por la mayoría de los poetas de aquende los mares y por muchos también de los de allende era exaltada la revolución de la métrica modernista, el colorido hiriente de las metáforas audaces, la sustitución del verdadero sentimiento por el deleite embriagador de las sensaciones, Juan Ramón Jiménez se adentra en su mundo interior y descubre la belleza pura de las formas sencillas y el empleo de las imágenes naturales, limpias y casi sin ropaje, vaciadas en la transparente tersura de octosílabos castizos.

No quiero decir —escribe Federico de Onís— que Juan Ramón Jiménez sea el mayor poeta que ha existido; creo que se encuentra entre los más grandes, y dudo que haya quien le supere en pureza y en unidad. Es dudoso que haya una poesía más libre de elementos no poéticos que la suya, una poesía de la que estén más ausentes las ideas y realidades exteriores, y que sea toda como la de los místicos, expresión en palabras de puras e inefables realidades interiores; y lo es también que haya habido una vocación poética tan tenaz, continua, exclusiva y lograda como la suya, una permanencia de identidad tal a través de tantas variaciones.

Estas formas puras, casi desnudas de todo artificio, se revelan en las estrofas de esta época, que pudiéramos llamar de liberación del modernismo. El mismo nos confiesa como huyó de esta escuela, para volver a la primitiva desnudez en su poesía:

Vino primero pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.
Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fui odiando, sin saberlo.
Llegó a ser una reina
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de hiel y sin sentido!
Mas se fue desnudando,
y yo la sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica
y apareció desnuda toda.
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

Rimas y Sonetos espirituales corresponden también a esta primera época.

Es la estación en que se refugia en su torre de marfil y sólo ama los jardines recónditos, las medias luces, los colores malva, el contraluz y la sombra del amor, el sentimentalismo eglógico, la sugestión mórbida, la melancolía del romántico, la vaguedad de la niebla y del ensueño y, sobre todo, la música a media voz, esfumada, con sordina, que parece suena a lo lejos y cae al atardecer sobre la soledad del paisaje:

¡Qué quietas están las cosas,
y qué bien se está con ellas!
Por todas partes sus manos
con nuestras manos se encuentran.
¡Cuántas discretas caricias;
qué respeto por la idea,
cómo miran, extasiadas,
el ensueño que uno sueña!

Y, en seguida su nostalgia de luna, de silencio, de nocturnos murmullos.

Ha querido esa luna
—¡esa luna de llantos!—
acercarse a la tierra.
¿Para qué? ¡Quién lo sabe!,
para darme tristeza.

Siguiendo los cánones de la escuela Juan Ramón Jiménez busca envolver sus ideas en palabras sugestivas, frases cortadas y chispeantes, versos halagadores del oído; todo con el fin de producir sensaciones parecidas

a las de la música, vagas, vaporosas, de la noche, de los campos, de las estaciones, sobre todo, del otoño. Jiménez en esta época de transición es el poeta del otoño, de los amaneceres de abril, de los atardeceres tristes.

Le gustan los colores. El cielo es violeta y triste, la brisa azul, color de elegía, espectral amarillo, verdor con ritmo, áurea fragancia, color malva... El símbolo es intencionadamente oscuro, las metáforas atrevidas y a veces tocadas de gongorismo, epítetos enigmáticos, como perfume doliente, nostálgica azucena, celeste tristeza.

Hay ciertamente, aun en esta época de su modernismo decadente, una exquisita sensibilidad y delicadeza, expresiones felices y pensamientos sutiles. Creemos sinceramente que el gran crítico Cejador no llegó quizá a comprender del todo este género de poesía que trata de una manera tan inmisericorde, ridiculizando al gran poeta, de quien, con todo tiene que afirmar "que es el poeta más modernista de España y el mejor en España de los modernistas".

A esta primera época corresponden también "Jardines lejanos" (1904), "Elegías" (1908), "Olvidanzas" (1909), "Baladas de primavera" (1910), "La soledad sonora", "Pastorales", "Poemas mágicos y dolientes", "Melancolía", "Laberinto", "Estío", entre las más principales de sus obras.

Dentro de esta época, aún podrían distinguirse dos nuevas modalidades de su poesía: hasta 1907 y desde 1907. En este segundo lapso, Juan Ramón amplía las formas líricas utilizadas hasta entonces, con endecasílabos, alejandrinos, sonetos y silvas, y aún crea nuevas combinaciones métricas propias.

Pasada la racha modernista del poeta, vuelve otra vez a su prístina sencillez, se va haciendo más transparente, más jugoso en ideas y más popular, menos rebuscado de palabras e imágenes, y, por ende, más sentido y humano; es decir, se va encontrando a sí mismo.

Con "Eternidades" y "Diario de un poeta recién casado" (1916) se inicia la segunda manera poética de Juan Ramón. En ella encontramos más concentración, más precisión, más depuración, más independencia de la musicalidad, para hallar la exactitud y justeza que busca en la idea, hasta crearse una estética pura y tersa, como nos lo dirá en el "Diario de un poeta recién casado": "Ni más nuevo al ir, ni más lejos; más hondo: la depuración constante de lo mismo". Y en otra parte: "que copió las islas del instante, unas veces con color sólo, otras sólo con pensamiento, otras con luz sola".

En este segundo período Juan Ramón tiene la obsesión de convertir su poesía en la simplicidad misma, de desnudarla totalmente de todo su ropaje, de quitarle toda posible sombra, hasta conseguir un posible nimbo de glorificación absoluta:

¡Qué goce, corazón, este quitarte,
día tras día, tu corteza;
este encontrar tu verdadera forma,
tierna, desnuda, palpitante...!

Y produce una emoción profunda reconocer en esta poesía de Juan Ramón cómo ha llegado a ser paradigmática de sencillez y de elementalidad, únicamente aumentada en densidad hasta llegar a la genuina esencia poética perdurable.

A esta segunda época de Juan Ramón corresponden sus libros: "Eternidades" (1916), "Piedra y cielo" (1917), "Belleza" (1917), "Unidad" (1925), "Sucesión" (1932), "Canción" (1935), "Política poética" (1936), "Presente" (1933), "Españoles de tres mundos" (1943).

En esta su peculiaridad, Juan Ramón Jiménez ha llegado a la pura esencia poética, se ha vuelto más elemental, más sencillo. El poeta nos explica lo que entiende por sencillez: "lo conseguido con los menos elementos", y a la vez lo más espontáneo: "lo creado sin esfuerzo".

Así nos define sus anhelos de logro de la expresión de su depuración espiritual:

Como una luz de estrella,
como una voz sin nombre
traída por el sueño, como el paso
de algún corcel, remoto
que oímos anhelantes,
el oído en la tierra.

En "Eternidades" aparecen poemas breves del sentido nuevo "Encuentro de dos manos", "Cobré la rienda", o la perfecta síntesis de Nocturno:

La nube: Humo enrollado
y ahogante de mi mal sueño apagado.
La estrella: ¡Qué tranquila,
en el aceite de tu buen sueño encendida!

Sigue "Piedra y cielo", uno de los libros más logrados de Juan Ramón: poema, creación, "fresca y fragante". El poema de los elegantes perfiles del recuerdo, en que el lírico, en su constante depuración, une los motivos esenciales: "ideal, instinto, sueño, nostalgia de mar y de belleza.

La forma, la imagen, se hallan en la meta ideal de esta ascensión del poeta hacia lo perdurable. Diafanidad estética en la belleza es "mariposa de luz" que escapa de sus dedos:

¡Sólo queda en mi mano
la forma de su huída!

En todo este segundo período del poeta logrado en plenitud de inspiración y de forma, la música, expresada en matices sugestivos de color, malva y verde fuerte de las dos etapas anteriores, se ha ido abstrayendo y el color es ahora sólo la desnudez del blanco; la música ha cesado y sólo suena de puertas adentro, imperceptible, casi hay que adivinarla o intuírla. El ritmo del verso desaparece por completo. Va quedando la poesía pura. Si surge un tono vivo de color, éste se ha depurado en tal forma que sólo lo percibimos como elemento esencial de una metáfora, como el brillo del oro de una composición.

La labor de Juan Ramón —ha escrito Balbuena Prat— no es sólo la de su admirable obra, sino la de su escuela. A diferencia de Rubén, que era la apoteosis de una época que terminaba, por lo cual los discípulos brotaron a veces de lo más inconsistente de su obra, que, por tanto, como la de Wagner, fue genial, y, en ocasiones, estéril, Juan Ramón presenta todo lo aprovechable de un gran estilo a una generación nueva; él adivina

los valores líricos siguientes, los dirige y orienta. Una de las mayores adquisiciones es la de una poderosa escuela. Escuela capaz de ser original de liberarse literariamente del punto de partida. Es Juan Ramón, por tanto, el maestro de poetas, no el maestro de discípulos.

Y digamos una palabra siquiera de su bella elegía al burrito de su infancia, con el que compartió Juan Ramón sus más inocentes alegrías: "Platero y yo".

Se ha llegado a afirmar que este librito, quintaesencia de la poesía de Juan Ramón Jiménez, ha sido el motivo principal y hasta decisivo para otorgarle el Premio Nobel de Literatura. El sólo, sin el cúmulo de auténtica poesía derramada en sus libros de versos, no creemos que hubiera bastado para el supremo galardón. Nos parece más probable que este librito encantador haya hecho fijarse a los jueces de la Academia Sueca, de Estocolmo, en la veta de auténtica poesía de su autor, que ya no tuvieron más que desentrañar en el resto de su obra toda ella de finísimo metal.

Es un libro para niños y para hombres, como se desprende de las líneas prologales del autor. Su figura la llevamos dentro todos los que lo hemos leído con cariño, haciéndonos niños como Juan Ramón.

La noticia del premio que se adjudicó en Estocolmo llega a Juan Ramón dos días antes de expirar su esposa, doña Zenobia Camprubí. Hacía ya algunos meses que se conocía la fatal trayectoria del cáncer que la iba minando hasta poderle señalar los días contados que le quedaban de vida. A la cabecera del lecho sus más íntimos amigos le trajeron la noticia de que su esposo había sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Ella estaba demasiado débil para hacer comentario alguno. Poco después caía abatida en coma para no despertar más.

Juan Ramón no pudo gozar de tanta dicha en medio de la amargura que le produjera la muerte de su inseparable compañera, la verdadera inspiradora de sus versos y la que le sostuvo en su gigante labor literaria. Ella, hondamente católica, moría, cuando Juan Ramón, en su vuelta hacia el buen camino escribía de nuevo con mayúscula el Dios de su niñez, de los tiempos de Platero, de su colegio católico, del Kempis y de sus primeros versos. "Dios, el Poeta Supremo", "El hombre conseguido de Nombres", después de superar el dios minúsculo de la pura belleza, de la pura conciencia; y ahora descansa Juan Ramón también en su querido Moguer, con ella y con Dios para siempre.

Allí, en Moguer, su casa natal es ya sólo un museo, efemérides escolar, gloria nacional, tumba de Platero y lugar de reunión de literatos que viven del recuerdo y de la admiración.

Juntos duermen en paz, él y ella. Sólo así tendrán pleno sentido aquellos versos misteriosos, aurorales y últimos del poeta:

Ahora soy yo ya... el mar paralizado,
el mar que yo decía...,
en olas de conciencia en luz,
y vivas... hacia arriba todas. ¡Hacia arriba!